

número de nueve mil familias. A fin de asegurar la frontera de la Austrasia, procuró ganarse el afecto de los sajones meridionales, indultándoles del antiguo tributo de quinientas terneras, y condujo á mejores sentimientos respecto de su persona á los austrasios, dándoles por rey á su tercer hijo Sigeberto II, que confió al obispo Cuniberto y al duque Adalgiselo, con exclusion de Pepino. Así consiguió oponer una buena línea de defensa á los ataques de los esclavos.

Tambien habian levantado la cabeza los bretones establecidos en las costas de la Armórica, y á cada mudanza de rey se lanzaban como saqueadores sobre las orillas del Loira y del Sarta. Durante las disensiones civiles en tiempo de Brunecilda y de Fredegunda, habian permanecido independientes, y cuando Dagoberto ascendió al trono, el duque Judicael tomó el título de rey, y les dejó continuar sus incursiones sobre las tierras de los francos.

Temeroso Dagoberto de apartarse de sus vergonzosos planes, envió á San Eloy, á fin de que entrara en tratos con Judicael, quien por sugestion suya fué al palacio de Clichy en busca de Dagoberto. Recibióle espléndidamente, obtuvo ricos regalos y celebró alianza con él; pero lejos de perder nada de su independencia pudo entonces hacer valer su título de rey, ya legitimado, sobre toda la nobleza de aquel territorio inquieta de suyo. De este modo parecia consolidarse en medio de la Francia un segundo reino, cuando la muerte de Dagoberto y de Judicael, dejaron á Alan, hijo de este último, expuesto á ataques de que sus juveniles años y su flaqueza no le consentian salir triunfante. Ocuparon diferentes porciones de territorio los magnates vecinos; se apropiaron los reyes francos las poblaciones de Nantes, Rennes, Dol, Saint-Malo, y la herencia de los reyes bretones se redujo al país de Cornouailles.

Dagoberto, que pasaba de las deleites á la devocion, del libertinaje á la penitencia, enriquecia á los monasterios y á las iglesias con el fin de acallar los remordimientos que roían su alma; fundó muchas abadías, y con especialidad la de San Dionisio, que dotó magníficamente, desposeyendo á otras iglesias, poco temeroso de atraerse la cólera de los santos, á

quienes ofendia, si obtenia la proteccion de aquel á quien habia hecho objeto de su predileccion soberana. Tuvo constantemente á su lado dos hombres que fueron posteriormente colocados entre los bienaventurados. Audoen (Ouen), encargado de la custodia del real sello y despues obispo de Rouen, gozaba de una reputacion tan grande, que el duque de los bretones rehusó el convite del monarca por ir á comer con el piadoso ministro. Eloy ejercia la profesion de platero. Habiéndole encargado el rey un trono todo de oro y de pedrería, quedó tan satisfecho de su obra, que mandó se le pagara con arreglo á su mérito. Entonces el artista le presentó otro enteramente igual y hecho con el oro que le habia sobrado del primero y hubiera podido guardarse impunemente. Dagoberto admiró una lealtad que, aun siendo un deber, parecia virtud en aquellos tiempos en que era tan rara, y le confió el cuidado de las monedas. Eloy secundó la magnificencia del rey, y los cantos populares ensalzaban el fausto de Dagoberto, la silla de oro y el tahalí que habia hecho Eloy para su uso. Habiéndose retirado enseguida del mundo, se ocupaba en adornar las urnas de los santos, empleando la ganancia en redimir esclavos. Sus virtudes le valieron el obispado de Noyon, y luego ser venerado entre el número de los santos.

La amistad de Dagoberto hacía estos dos fieles servidores, su boato y la devocion con que cantaba personalmente en el coro con los religiosos, pudo hacer que le perdonaran los cronistas su debilidad y sus vicios, de cuyas resultas gemia el pueblo. Habiendo caido enfermo en el palacio de Epinay, hizo que se le trasladara á San Dionisio, y allí murió á la edad de treinta y ocho años, despues de haber recomendado la reina Nanchilda y sus hijos al celo y lealtad de los obispos y de los magnates (638).

Despues de Dagoberto ningun rey gobernó por sí mismo; toda la autoridad fué abandonada á los alcaldes de palacio, quienes durante la menor edad de una série de príncipes niños, ejercieron el poder plenamente, unas veces en lucha, otras de comun acuerdo con los tutores de los príncipes ó con los grandes vasallos. Cincuenta años de guerras civiles fueron la consecuencia de semejante estado de cosas.

Se consideraba á la Austrasia y á la Neustria como á dos distintas naciones; la primera más teutónica por sus usos y costumbres, y la segunda más romana. Como la civilizacion habia hecho más adelantos entre los neustrios, y como los grandes no habian podido sofocar allí á los ahrimanes ó pequeños propietarios, ni adquirir una posicion estable, habian prevalecido los reyes. Al revés, en la Austrasia se habia robustecido la alta nobleza, llegando hasta el punto de equilibrar el poder del monarca; produjo, de consiguiente, en esta época una revolucion que dió la preponderancia á los países del Rhin sobre los próximos al Sena, é hizo dominar nuevamente las ideas aristocráticas de la Germania.

Quedó repartido el reino de Dagoberto entre Sigeberto II, rey de Austrasia, y Clovis II, rey de Neustria y de Borgoña; el primero de edad de tres años, y muy poco mayor el segundo. Pepino que, de regreso en Austrasia, recuperó allí la dignidad de alcalde de palacio, celebró un tratado de paz con Ega, alcalde de palacio del rey de Neustria, encargado de su tutela con la reina Nanchilda.

Por desgracia Pepino y Ega murieron hácia la misma época, y no les igualó en habilidad ni en desinterés ninguno de sus sucesores. El puesto de Pepino fué disputado entre Grimoaldo, su hijo, y Othon, preceptor del rey, pero habiendo sido asesinado su competidor por Leutor, duque de los alemanes, Grimoaldo se enseñoreó del poder supremo. Empleó en robustecer la autoridad real contra los grandes, entre quienes Radulfo habia tomado el título de rey de Turingia. En el trascurso de catorce años Grimoaldo favoreció la justicia y marchó de comun acuerdo con Sigeberto, si bien al morir este príncipe encerró á su hijo Dagoberto en un convento de Irlanda, é intentó colocar en el trono á Childeberto, su propio hijo (656).

No se lo consintió la rivalidad de los magnates austrasios; pusiéronle preso en union de su hijo, haciendo entrega de ambos al mismo tiempo que del reino á Clovis II, quien les hizo morir en París encarcelados.

Eckinoaldo, alcalde del palacio de este príncipe, no abrigaba en su pecho planes menos ambiciosos. Aspirando á dominar sin que nadie le fuera á la mano, especialmente despues

de la reunion de los tres reinos y de los tres empleos de alcalde del palacio, rebajaba á los grandes dignatarios para elevar la clase media de los ahrimanes, á quienes aspiraba á sofocar la dominacion de los leudes. Este modo de proceder desagradó á la reina Nanchilda, la cual, viéndose privada de toda autoridad, se encaminó á Borgoña, é hizo que eligieran allí los grandes para alcalde del palacio á Flaocato, de origen franco, á quien concedió la mano de su sobrina. A pesar de todo, no resultó de este suceso guerra entre los dos rivales.

A poco sobrevino la muerte de Flaocato, y Erkinoaldo volvió á encontrarse á la cabeza de los tres reinos, y los hizo reverdecen en virtud de su administracion excelente. Láminas de oro y de plata adornaban el sepulcro de San Dionisio; Clovis mandó que fueran arrancadas de allí con objeto de comprar pan á los pobres. Entonces dijeron los monjes que habia perdido el juicio por un castigo del cielo; otros le alabaron por semejante conducta, aunque en realidad no figuraba más que como instrumento en las manos de Erkinoaldo. A fin de dominarle más fácilmente hizo que se casara con una doncella de rara hermosura, llamada Batilde, robada por corsarios en las costas de Inglaterra; pero virtuosa en extremo, supo hacerse amar tanto, que lejos de echarle en cara los contemporáneos su origen incierto, tomaron ocasion de lo ocurrido para suponer que pertenecia á régia estirpe. A la muerte de Clovis mantuvo Erkinoaldo el reino indiviso entre los hijos de este príncipe (656), Clotario III, Childerico II y Thierry III, reinando bajo la tutela de Batilde, quien se dejó dirigir dócilmente por el alcalde del palacio autor de su fortuna. Cuando éste murió, estallaron las divisiones y fué dividido el reino. Agrupáronse los grandes de la Neustria y de la Borgoña en torno de Clotario III, dándole por alcalde del palacio el conde Ebroino que, nacido en la condicion más infima, se habia elevado á tan alta categoria en fuerza de ambicion y de destreza. Por su parte los austrasios encumbraron al trono á Childerico III, de edad de tres años, y nombraron á Wulfoaldo alcalde del palacio.

Batilde se habia mostrado digna de su elevada fortuna por su administracion prudente y por sus reformas bien entendidas. Suprimió la

capitacion, impuesto el más injusto de todos, porque castigaba la existencia é inducia á los francos á renunciar al matrimonio ó á vender sus frutos. Puso freno al descarado tráfico de las cosas sagradas, que se hacia tanto respecto de los obispados como de las más humildes dignidades; abrió conventos, asilo en medio de las civiles contiendas, y alivió á la miseria pública. Su dulzura, hermanada con su firmeza, refrenaba la ambiciosa tiranía de Ebroino; pero éste, para quien toda traba era insoportable, la indujo ó la obligó á tomar el velo en la abadia de Chelles. Queriendo entonces el alcalde del palacio volver á incorporar á la corona los bienes usurpados de ella, así como los bienes cedidos por debilidad ó arrancados por violencia, recurrió á los más despóticos espedientes (670). Fueron exterminados nueve obispos, gran número de sacerdotes; y los jefes de las más poderosas familias; despues, á la muerte de Clotario hizo coronar á Thierry III, su hermano, sin haber consultado siquiera á los grandes.

No se atrevieron los neustrios á tentar una resistencia peligrosa; pero temiendo los señores de la Austrasia y de la Borgoña que pensara en imponerles la dominacion del rey de Neustria, empuñaron las armas á instigacion de San Ligerero, obispo de Autun, y del alcalde del palacio, Wulfoaldo. Invadieron la Neustria y obligaron á Thierry á encerrarse en el monasterio de San Dionisio, y á Ebroino en el de Luxenil; y toda la Francia reconoció por rey á Childerico III (673).

San Ligerero no recogió ópimos frutos de la revolucion que habia fomentado. Habiendo determinado el obispo de Clermont á una señora á dejar todos los bienes á la iglesia, desheredando á su hija, Hector, patricio de Marsella, amante de la jóven, se opuso á este despojo, y citó al obispo ante el rey á fin de que le restituyera la herencia. Ligerero abrazó ardorosamente la causa del demandante, lo cual fué causa de que le cobraran odio el rey y los grandes, como si hubiera maquinado en union de Hector contra la autoridad del soberano. Fué muerto el marsellés y Ligerero encerrado en el convento de Luxenil, donde encontró á Ebroino su rival, que abjuró ó disimuló una cólera impotente.

Muchos enemigos se adquirió Childerico con

semejante rigor y con sus brutales violencias, al propio tiempo que se hacia despreciable por sus vicios. Finalmente, un noble franco llamado Bodilon, á quien habia condenado por una falta leve á ser azotado lo mismo que un esclavo (674), le asesinó en la fortaleza de Chelles con su esposa, á la sazón en cinta, y toda su familia, á escepcion, segun se cuenta, de un mancebo, que se retiró con el nombre de hermano Daniel á un monasterio.

Wulfoaldo, que se habia escapado á Austrasia, se puso al frente del partido popular. Rechazado del trono el hijo de Sigeberto II por la familia de Pepino, que tenia esperanzas de ocuparlo, y refugiado cerca de Wilfrido, obispo de York, fué llamado por su consejo y proclamado con el nombre de Dagoberto II. Tambien los leudes de Neustria y de Borgoña sacaron del convento para encubrirle al trono, á Thierry III, á quien dieron por alcalde de palacio á Leudesio, hijo de Erkionaldo. En medio de estas agitaciones salió así mismo Ebroino de su piadosa cárcel, y habiéndose puesto de acuerdo con Wulfoaldo para recuperar la autoridad, hizo aparecer á un Clovis III y á un Clotario IV, pretendiendo ser hijos de Clotario; poco tardó luego en libertarse, merced á su perfidia, de Leudesio, su rival, y se regocijó en los males que tuvo que padecer San Ligerero. Entregado por dos monjes este prelado, fué victima de tormentos crueles, aunque dice la leyenda que cubierto de heridas, y despues de cortarle los labios y la lengua, se hallaba curado en el instante y hablaba mejor que nunca. Irritado Ebroino al ver que los tormentos redundaban en gloria de su enemigo, y que era honrado como mártir en vida, convocó un concilio para que fuera degradado, como cómplice del asesinato de Childerico; pero el obispo se limitó á responder al interrogatorio á que se le sujetó, que sólo Dios podia leer en el secreto de su corazon. Quisieron admitir los obispos como una confesion estas palabras; de consiguiente le desgarraron su túnica, le degradaron, y le entregaron á Ebroino, quien mandó que fuera decapitado (678).

Sacrificando á los dos supuestos Merovingios, Ebroino dejó reinar á Thierry, á condicion de ser su alcalde de palacio. Entonces dió libre curso á sus venganzas, depuso y desterró

á obispos, saqueó iglesias y conventos, y perturbó á las religiosas y á los monjes en sus pacíficos retiros.

En esto los leudes austrasios, poco dóciles siempre respecto de sus reyes, que habian entregado á Brunehilda al suplicio y desheredado al hijo de Sigeberto II, se declararon en abierta rebeldía y decretaron la muerte de Dagoberto y de su hijo Sigeberto. San Wilfrido, aquel prelado que le habia dado acogida en su infortunio, cayó en manos de los austrasios, quienes le hablaron en esta forma: *¿Quién os presta audacia para presentaros en el territorio de los francos, á vos que merecis la muerte por habernos traído aquí á ese Dagoberto, rey sin fé, caudillo sin valor, que dejaba caer nuestras ciudades sin defensa, y cubrirse de ignominia nuestra gloria; que menospreciaba los consejos de los leudes, y á semejanza de Roboam, agravaba los impuestos? Ya ha pagado su merecido, y podeis ver como yace su cadáver sin honores.*

Wilfrido les respondió: *Hice lo que debía socorriendo al desterrado y protegiendo al infortunio; he menospreciado la injusticia de los hombres y he obedecido á la justicia de Dios.*

Entonces confiaron los leudes el poder supremo á dos duques ó príncipes de los francos, á Martin, hijo de Clodolfo, y á Pepino de Heristall, hijo de Ansegiselo, descendientes ambos del alcalde de palacio Arnulfo. Habiendo heredado Pepino por Begga, su madre, hija de Pepino el Viejo, inmensos dominios de este magnate, ocupaba entre la aristocracia del país el primer puesto.

Viendo Ebroino que esta revolucion amagaba tambien á la Neustria, y debia asegurar el triunfo de la aristocracia, empuñó las armas, y vencedor de los austrasios en Leucofao, obligó á Pepino á emprender la retirada; habiendo caído Martin posteriormente prisionero en Laon, le condenó á muerte, aunque le habia prometido seguridad completa.

Entonces pareció salvada la monarquía merovingia y asegurada la preponderancia de la Francia Occidental. Se aprestaba Ebroino á reunir los tres reinos, cuando fué asesinado por Hermanfroi, empleado del fisco, á quien habia convencido de prevaricacion, desposeyéndole de sus bienes. Como no conocemos sus actos más que por el testimonio de sus enemigos, debe-

mos de proceder con alguna reserva en punto á crear las atrocidades con que sobrecargan su memoria, despues de haber sucumbido con él la causa de que era el principal apoyo. De seguro acreditó ser piloto hábil y entendido en medio de la tempestad, y conformemente al espíritu de los neustrios que le habian elegido, propendió de continuo á rebajar á los duques y á minar la aristocracia para restablecer la unidad á la sazón tan necesaria como imposible. Los medios á que recurrió eran los mejores. Fué el primero escoger los duques en otras provincias que en aquellas en que tenian dominios, clientes y esclavos, porque separados de estos instrumentos de su poder, hubieran llegado á trasformarse en los primeros servidores del rey, sin posibilidad de hacer hereditarios sus empleos. Tambien dió pruebas de destreza contemplando y granjeándose la amistad de los hombres libres de la Austrasia, para oponerlos á los grandes propietarios. Además parece que intentó someter á leyes y costumbres uniformes las diversas naciones que componian el reino de los francos; esto debia ser obra del tiempo.

Diéronle por sucesor los señores de Neustria y de Borgoña á Varaton (683), quien obligó á los austrasios á reconocerle, si bien fué despojado muy en breve de su dignidad por su hijo Gislemano. Habiendo muerto éste, fué sustituido por su cuñado Bertharo, que endeble de contestura y de capacidad escasa, hacia alarde de altanería respecto de los leudes de Borgoña y de Neustria. Así determinó á Alderamn, á Reul y á algunos otros, á pasarse á las filas de Pepino; le dieron rehenes y le escitaron contra Bertharo.

Despues de la muerte de Martin, habia recibido Pepino el homenaje de gran número de señores austrasios, y ejercia las funciones de alcalde de palacio sin poseer el título de este empleo. Aprovechóse de la mala administracion de la Neustria, cuyos tráfugas recibió con los brazos abiertos, y desplegando como ellos su bandera, envió á Thierry III la intimacion de restablecer á todos los grandes en sus dominios y en sus dignidades. *En breve iré en persona á buscar á esos fugitivos.* Tal fué la respuesta de Bertharo; respuesta que prendió fuego á la mina. Al frente de un formidable ejército entra

Pepino en la Neustria; y en Tresty, en el Vermandés, resuelve la cuestión entre la Francia romana y la Francia teutónica, entre los grandes y pequeños propietarios. Fueron vencidos los neustrios; quedó muerto Bertharo por los suyos en la fuga, y Thierry III prisionero, obligándose á admitir á Pepino por alcalde del palacio.

Esta es una de aquellas batallas que cambian el aspecto de las naciones, hasta tal punto, que los historiadores han querido ver aquí una nueva invasión germánica. Entonces los austrasios, población de costumbres teutónicas, prevalecieron sobre los neustrios y los aquitanios, inclinados á la civilización romana. De aquí una política más conforme al carácter de los conquistadores, á quienes restituyó la fuerza. Privados de representante y de defensor los ahrimanes, pequeños propietarios de la Neustria, hubieron de obedecer al duque hereditario de la Austrasia, jefe de los grandes leudes, quedó el pueblo despojado de todo derecho, y firmando la aristocracia su predominio restableció las asambleas nacionales, al propio tiempo que substituyó la lengua teutónica al idioma romano.

No derrocó Pepino á los Merovingios, aunque nada se lo impedía realmente. Todavía permanecieron por espacio de sesenta años sobre el trono, que quisieron rodear demasiado pronto con las formas y la corrupción romanas, si bien no fueron más que fantasmas de reyes. Un cronista que narraba las cosas tales como las veía, sin mirarlas de más cerca, se explicaba de este modo: «Entre los francos era costumbre que reinaran los príncipes, sin querer ó hacer otra cosa que comer y beber estúpidamente, permanecer en su morada, presidir á principios de Mayo la asamblea del pueblo, saludar á las gentes y ser saludados por ellas.» Consiste en que, efectivamente, ser rey se reducía al título de tal, á sentarse en la silla de oro sin respaldo ni brazos, á gastar barba y cabellera larga y á mandar en la apariencia. Daba audiencia el monarca y respondía á los embajadores, si bien le era dictada esta respuesta. Señalábale el alcalde del palacio una renta determinada, además de la cual poseía una pequeña casa de campo, algunas tierras y un número de esclavos apenas suficiente para su servicio. Allí vi-

via todo el año, para no salir más que en el mes de Mayo, como una antigua reliquia que todavía infunde respeto. Subiendo entonces á un carro tirado por bueyes, cuyo paso lento aguijoneaba un esclavo, comparecía á la asamblea de los grandes con el manto azul y blanco en figura de dalmática, cortado por ambos lados, cayendo por los pies hasta delante y por detrás arrastrando; llevaba sobre la cabeza un círculo de oro, con una doble hilera de piedras preciosas, y en la mano una varilla de oro, cuya punta estaba enriquecida con pedrerías. Recibía el donativo anual y retornaba á su mansión en seguida. Pero todo lo concerniente al Estado, tanto en lo interior como en lo exterior, era negocio del alcalde del palacio, que mandaba en su nombre.

A la muerte de Thierry, Pepino confirió la corona á Clovis III y á Childeberto III, sus hijos; y después á Dagoberto III, hijo del único (694-965-711). No hubo rey en Austrasia. El alcalde del palacio dió testimonio de miramientos y de condescendencia á los leudes neustrios, é hizo que su hijo Grimoaldo se casara con Amstruda, viuda de Bertharo. Habiendo convertido el ducado de Austrasia en centro del gobierno, cuya sede fué colonia ó Heristall, cerca de Lieja, colocó en París á Noberto en calidad de alcalde de palacio, y después á su hijo Griomaldo, si bien esto no era más que una sombra de independencia, dado que nada se hacía sino en virtud de sus órdenes.

Sin embargo, muchos señores y príncipes tributarios, sólo habían prestado ayuda á Pepino para reinar con él, y no para que descollara sobre ellos. Negaron, pues, á este advenedizo la obediencia que habían prometido á los Merovingios. Alan, duque de los bretones, Eudes, duque de Aquitania y de Gascuña, Ratbodo, duque de los frisones, Gotfredo y Villicaro, duques de los alemanes, se declararon independientes. En su consecuencia, Pepino tuvo que ocuparse ante todo en restablecer la tranquilidad en lo interior; les acometió y venció antes de que hubieran podido aumentar su fuerza obrando de comun acuerdo.

Entonces se aplicó á poner remedio á los desórdenes que se habían introducido en la administración. Cuando había sido reconocido por los leudes duque de Austrasia, ya disponía allí

á su antojo de los beneficios, y recibía homenaje de los vasallos de la corona, nombraba á los magistrados, á los duques, á los condes y á los centenarios; era el rey en suma. Ahora extendió esta autoridad sobre la Borgoña y la Neustria, y de esta suerte se encontró árbitro de trescientos ducados; confirió ó confiscó los beneficios, recibió los embajadores, y fué omnipotente durante veintisiete años que tuvo á su cargo el gobierno, porque tanto los grandes como los pequeños estimaban más dirigirse al poderoso alcalde del palacio que á los degenerados descendientes del Clovis.

Ménos observador de las leyes de la Iglesia que de los usos germánicos, se casó con dos mujeres, Plectruda y Alpaída; tuvo en la primera á Drogon, duque de Champaña, y á Grimoaldo alcalde del palacio de Neustria. Este último estaba designado para suceder á su padre; pero habiendo sido asesinado en la iglesia de San Lamberto en Lieja, Pepino solicitó que su autoridad pasara á Teodaldo, su hijo natural, de edad de seis años, bajo la dirección de Plectruda. Esta corrió de consiguiente á la Neustria tan luego como Pepino cerró los ojos, para ganarse la voluntad de los leudes, ó para obligarles á admitir á aquel mancebo que debía ser tutor de Dagoberto, también niño. Pero alegres éstos viéndose al fin libres de la administración vigorosa de Pepino, levantan la cabeza, y excitando algún sentimiento de pundonor en Dagoberto, le deciden á empuñar las armas. Atacando entonces á los austrasios en la selva de Compiègne, les hacen experimentar tal derrota, que costó inmenso trabajo poner en seguridad á Teodaldo, ganando á Colonia. Súbito vuelve á caer Dagoberto en su habitual indolencia, y los magnates neustrios derogan cuanto había sido hecho por Pepino. Raghenfredo es elegido por ellos alcalde del palacio; muerto posteriormente el rey, encumbran al trono á aquel hermano Daniel, á quien ya hemos mencionado, supuesto hijo de Childerico, dándole el nombre de Childerico II.

Proponiase Raghenfredo cambiar completamente aquel estado de cosas y avasallar los francos orientales á los de Occidente. En su consecuencia, se constituyó alcalde del palacio de las provincias situadas á la orilla izquierda del Mosela y celebró alianza con Ratbodo, du-

que de los frisones. Experimentaban los austrasios tanto desvío respecto de los neustrios como á permanecer bajo el gobierno de una mujer y de un niño, si bien desunidos y sin guía, ignoraban á qué partido atenerse.

## CAPITULO V

Cárlos Martel y sus hijos-misioneros.

Pepino de Heristall había tenido en Alpaída un hijo llamado Cárlos (Karl), á quien había desheredado como cómplice del asesinato de Grimoaldo. Temerosa Plectruda de que, valiente y resuelto como era, desbaratara sus proyectos, le había mandado encerrar en Colonia; pero tan luego como se le informó de las disposiciones hostiles de los austrasios, logró fugarse, y muy en breve fué proclamado príncipe de los francos orientales por los vasallos de su padre y por los principales señores (716).

Cárlos, cuya robusta mano sabía hacer uso del hacha de armas, acometió á los frisones que se adelantaban sobre Colonia, á instigación de Raghenfredo, y los puso en derrota; y aunque por ser inferior en número no pudo estorbarles que verificaran su incorporación con los neustrios, que asediaban aquella ciudad, los acosó de tal manera, que les obligó á emprender la retirada (717). Habiendo pasado en seguida los Ardennes con fuerzas de más consideración, venció á los neustrios en las inmediaciones de Vincy, y avasalló á todo el territorio hasta el Sena.

Una invasión de sajones interrumpió el curso de sus triunfos; apenas los ha repelido hasta el Weser, vuelve de nuevo á la carga; le abre Plectruda las puertas de Colonia, y le entrega los tesoros, de que le dejaba por heredero la muerte de Teodaldo. Derrota nuevamente en Soissons á Raghenfredo, se apodera de París, y somete la comarca hasta el Norte del Loira.

Los aquitanios, que siempre miraron á los francos como extranjeros, habían combatido con Raghenfredo en defensa de los Merovingios. Huberto, uno de sus condes, cazador famoso, fué en un principio á establecerse en la Neustria con Ebroino, y después con Pepino en la Austrasia. Pero habiéndosele aparecido cierto día en la selva de Ardennes un ciervo milagroso, abandonó el siglo por servir á Dios, fundó